

MEMORIA DE SECRETARIA *

Dr. B. RODRIGUEZ ARIAS

(Académico Numerario y Secretario general perpetuo)

Excelentísimo señor Presidente,
Muy Ilustres señores Académicos,
Señoras y señores:

Por decimotercera vez consecutiva redacto —y leo más tarde— una Memoria anual preceptiva, en la que cito someramente y glosó un período natural de trabajos y gobierno de esta importante Academia de Medicina que nos honra a todos, desde el sabio al más humilde de sus miembros.

Y lo hago con evidente regularidad y método en la tónica, escogida «ab initio» y seguida luego, al margen de una claudicación fácil en los demasiado extravertidos y pluralistas de intenciones o de los que hurtan una labor sistemática al módulo —para mí esencial— de la realidad vivida y de más fiel transcripción cara al futuro.

La Historia lamentaría un día, acaso a lo inmediato, omisiones e imprecisiones. Y no quisiera ser yo el culpable.

Mi edad de longevo y un indeclinable sentido de responsabilidad, me han llevado a un «full time» secretarial, a una auténtica «dedicación plena», que

no me cansa y agradezco por el fervor mutuo que la sostiene y la medida higiénica —en la tercera edad— que constituye.

Y por habitud, la establecida, trataré de:

1. Movimiento del personal académico.
 2. Sesiones científicas y de tipo literario celebradas.
 3. «Acuerdos» principales tomados en sesiones de gobierno.
 4. Dictámenes solicitados por razones medicoforenses o medicolaborales.
 5. Concurso de premios.
 6. Renovación de la Junta Directiva.
 7. Honores y distinciones alcanzados por los miembros.
 8. Publicaciones y finanzas.
 9. Hacia un futuro tal vez mejor.
1. Fallecimiento de socios y elección de otros, balance triste y de augurios y también inquietante de 1975. Quizá las dificultades políticas ha-

* Sesión inaugural del Curso: 25-I-76.

yan repercutido en la vida corporativa. De una parte, la tensión —económica, sobre todo— de ámbito internacional. Y asimismo la desaparición —con su muerte— del régimen del Caudillo Francisco Franco y el nacimiento, sin intermisión, de la Monarquía que simboliza el rey Juan Carlos I.

¡Ojalá una plausible democracia de inspiración occidental y de genuina apetencia iberica nos conduzca a un mañana feliz y estable!

Nueve académicos (1 numerario, 1 honorario, 3 correspondientes nacionales y 4 correspondientes extranjeros) nos han dejado para siempre. Y un académico numerario, tan sólo, fue proclamado. Ocho menos en las listas, impresiona bastante.

Ignoramos, eventualmente, por lo demás, si se han producido otras bajas en el grupo de los extranjeros.

He aquí los nombres de los fallecidos: doctores Adolfo Ley Gracia, Luis Sayé Sempere, Vicente Artigas Riera, Salvador Siper Maresma, Vicente Company Arnau, Velarde Pérez - Fontana, Mario Damas - Mora, José Genato - Muñiz y Vittorio Puntoni, respectivamente.

Y el profesor Francisco Puchal Mas, domiciliado en Barcelona, es el único ingresado (vacante de numerario, que se atribuyó a un «afín»).

El profesor Ley, de la Escuela Profesional de Neurocirugía adscrita a la Universidad Autónoma de Barcelona, extinguió su vida a los 67 años de una trayectoria fecunda y útil el día 14 de diciembre de 1975. Víctima de un inesperado accidente yatrógeno (far-

macológico), no había concluido —ni siquiera disminuido— un quehacer de innovación, de docencia y de praxis quirúrgica especializada, trascendente y humano. ¡Qué pena! Su discurso de ingreso —verdadera lección histórico-experimental sobre cirugía craneocerebral— se recuerda todavía (19 de diciembre de 1971).

El maestro Sayé, por antonomasia, terminó un estado demencial —dolorosísimo para familiares, íntimos amigos y discípulos— en el magnífico servicio de Francisco Vilardell, el día 27 de junio de 1975. Investigador nato y tenaz en su labor de clínico, ha enseñado como nadie la «tisiología», fue un adalid de la profilaxis antituberculosa y publicó excelentes libros. En la América hispana triunfó y se venera su memoria. El 30 de marzo de 1930, cuando ocupó su sillón, hablaba magistralmente de la fase inicial de la tuberculosis en los adolescentes y en los adultos. La invalidez atroz que le sobrevino últimamente le convirtió en académico honorario. Un legado a la Academia, de gran valor, perpetuará un noble afán y su filantropía.

Artigas encarnó la figura del cirujano ultraorganizado y excelente. Inauguró con acierto el «departamento de urgencias» del Hospital de San Pablo. Elegido el 4 de diciembre de 1958, una neoplasia maligna segó su existencia el 28 de enero de 1975.

Siper, clínico y experto en cuestiones anatómicas, fue incorporado a nuestro elenco el 9 de diciembre de 1944 y, joven, pasó a mejor vida el 4 de julio de 1975.

Company, un destacadísimo urólogo en la era de su fraternal amigo Manuel Corachán, terminó sus días —muy anciano e inactivo— el 26 de octubre de 1975. En relación de bastantes seleccionados, mereció ser nombrado el 20 de mayo de 1932.

Pérez - Fontana, de la Universidad de Montevideo (Uruguay), acababa de remitirnos una comunicación sobre «varices» en el umbral de su muerte, acaecida el 3 de enero de 1975. Su ingreso tuvo lugar el 20 de noviembre de 1973.

Mora, de la Universidad de Lisboa (Portugal), alergólogo de fama mundial, entregó su alma a Dios el 22 de enero de 1975. Figuraba en nuestro escalafón desde el 21 de noviembre de 1972. Visitaba muy a menudo España.

De los profesores Genato (de Manila, Filipinas) y Puntoni (de Roma, Italia) desconocemos la data de su óbito, referida imprecisamente a su paso por la Academia de los compatriotas Alimurung (Mariano) y Piantoni (Luigi). Se les había nombrado el 14 de julio de 1948 y el 6 de mayo de 1952, respectivamente.

Lamentamos de veras y en todo momento anotar a lo incompleto, pero es así por la fuerza de las circunstancias.

Descansen en paz tan prestigiosos colegas y amigos.

La elección, por mayoría absoluta de votos, del insigne veterinario Puchal, ha compensado el grave quebranto sufrido. En efecto, catedrático de la Facultad de Madrid y residente en Barcelona, investigador de altura en su

etapa postuniversitaria de EE.UU. de América, muy competente en el sector básico de la tecnología, dirige hoy empresas vinculadas a la preparación de alimentos. Para regularizar entre sí los cupos de médicos y sanitarios afines y elevar a dos los veterinarios, mereció el asenso ordenado el 13 de mayo 1975.

Y nada más al respecto en un ejercicio apurado.

2. El número de sesiones públicas —científicas y literarias— fue exactamente de 20: 18 consagradas a la discusión de variados temas, 1 «in memoriam» de titulares pendientes del obligado acto de evocación y 1 para inaugurar solemnemente el Curso 1975.

En forma de coloquio —más frecuente que antaño— o de normal comunicación y hasta de conferencia extraordinaria, también de breve «symposium», ha cabido ofrecer la usual casuística de algunos, la experiencia individual o de un equipo sobre problemas clínicos, de saber experimental o estadísticos, buenas aportaciones históricas de maestros, hospitales, entidades y flagelos epidémicos, temática doctrinal sanitaria, del «alma mater», peculiar de la Academia y de concepto médico o de puntos de vista ligados a nuestra carrera liberal.

Va decreciendo —buscándola, por supuesto— la exposición de casos o de juicios en las vertientes nosológica y terapéutica de las enfermedades y aumentando —a la inversa— el recordatorio o la glosa históricos, el planteamiento de lo deontológico, de los métodos y actuaciones colectivos y de

las perspectivas de zonas del Distrito y de las Universidades y elaboración de normativas por la Academia.

Tienen que importarnos, de cada vez más, los trabajos de colaboración promovidos por nosotros, la nosografía regional, la historia médica que nos atañe muy de cerca y brindar normas, en el quehacer científico y literario, orientadoras y discrecionales, pero tácticamente obvias.

Ha intervenido de nuevo un escogido porcentaje de académicos, nacionales y extranjeros, e invitados del país y foráneos.

Disertó, corporativamente, el Colegio de Médicos de Lérida. No faltó la participación veterinaria de consuetud. Iniciamos, asimismo, la promotora égida de las universitarias recién licenciadas.

Más de un académico correspondiente extranjero nos visitó. Y de uno leímos su comunicación «post - mortem».

De los invitados —profesores, médicos de hospitales e historiadores— tres eran italianos (2) o franceses (1).

Se registraron, únicamente y entre los disertantes convocados, 2 ausencias fortuitas.

En la sesión inaugural —estatutaria— resumió oralmente la Memoria el secretario general y leyó el discurso que por turno le correspondía el académico numerario doctor Antonio Gallart Esquerdo sobre «La psicoterapia vista por un digestólogo práctico».

Y en la Necrológica dedicada a los académicos doctores Luis Trías de Bes y Giró (numerario), Pablo Cartañá Castellá (supernumerario) y Luis

Sayé Sempere (honorario), pronunciaron sendas oraciones los académicos numerarios doctores B. Rodríguez Arias, B. Oliver Suñé y José Cornudella, con unas palabras finales del presidente, doctor Pedro Domingo.

Las ya aludidas sesiones científicas totalizaron 22 comunicaciones, 4 coloquios, 3 conferencias extraordinarias, 1 presentación de libro y 1 «symposium».

Ocuparon la tribuna habitual 52 autores, alguno repetidamente, y las especiales de otros salones 6 más, también alguno en más de una ocasión. Las discusiones resultaron harto ilustrativas.

Si hemos mencionado pormenores estadísticos, en un ciclo aparentemente flojo o de brillantez relativa, es para que conste la sistemática incólume y la validez de una ejecutoria.

En las páginas del «Boletín Informativo» de nuestra Academia encontrará quien lo necesite o quien lo apechezca el detalle de todo.

Páginas que recogen los otros detalles concernientes a la exposición, que subsigue, de las tareas, de los avatares, de los propósitos, etc., que nos incumben y notificamos.

3. Las llamadas sesiones plenarias de gobierno han sumado 8, es decir, 6 con carácter ordinario y 2 de índole extraordinaria. Y la Junta Directiva, por su parte, se ha reunido en sesión ordinaria 2 veces.

Igualmente, se han reunido en sesión las Comisiones y las Secciones.

La problemática de la investigación científica, desde la Academia, motivó un dictamen remitido al Ministerio de Educación y Ciencia.

La enjundiosa moción sobre «revitalización de las Academias», presentada por el doctor Ramón Sarró, ha tenido una bonísima acogida y es discutida «sin pausa y sin prisa».

La más oportuna gestión en favor del profesor José Trueta y a través del conocido profesor, de Estocolmo, U. S. von Euler, se llevó a cabo para el otorgamiento del Premio Nobel.

Se ha determinado celebrar sesiones especiales en homenaje a los académicos numerarios que jubile la Administración o de presentación de libros trascendentes escritos por nuestros titulares.

Una exposición «ad hoc» de volúmenes recién editados se halla en preparación, así como el Museo de instrumental y piezas anatómicas de significado histórico y el archivo —catalogado— de documentos gráficos, de cualquier naturaleza, que pertenecieron a médicos ilustres de un pasado glorioso.

Un temario para estudio de cuestiones fundamentales, sanitarias, históricas y demás, que la Academia pueda ir abordando en forma de laudo o de orientación general y normativa, va siendo elaborado por las Secciones.

Un pequeño libro, tipo miscelánea, está en prensa para conmemorar el LXXX Aniversario del secretario perpetuo.

Y no escasos asuntos de índole financiera, de reordenamiento de cláusulas

testamentarias en la atribución de premios, de aceptación de legados, etc., serán comentados en los apartados que proceda.

El escalafón de académicos correspondientes nacionales supernumerarios ya ha sido encabezado.

Del Patronato de la «Fundación Universitaria Agustín Pedro Pons» continuará siendo vicepresidente el doctor Pedro Domingo (reelegido presidente por la Academia). Del Patronato Ribas (Beneficencia) forma parte, ya, como vocal el secretario perpetuo. Y del Premio Miguel Visa Tubau es nuevo albacea, elegido, el doctor Antonio Gallart.

Los ocasionalmente engorrosos asuntos de trámite han experimentado un incremento y se resuelven al detalle, mas no hacen al caso públicamente.

El más reciente académico profesor Puchal fue elegido en la junta extraordinaria del 13 de mayo de 1975 y la Junta Directiva quedó renovada en la Junta, también extraordinaria del 23 de diciembre de 1975.

Ardua, difícil y provechosa labor en su conjunto. Vale la pena advertirlo.

4. Los informes, requeridos por las Audiencias o las Magistraturas de Trabajo, se han limitado a cinco. Sin discutir, todavía, queda uno.

Conviene llamar la atención, otra vez, sobre la exigüidad momentánea de tales requerimientos judiciales, singularmente las demandas de Magistratura, ya que tienden a preocupar —número, finalidad del dictamen, inten-

ción del litigante, etc.— su resolución a efectos corporativos.

Un práctico de farmacia, víctima de enfermedad común, buscaba una invalidez total con subsidio. No estaba en lo cierto.

Pero los conceptos doctrinales formulados sobre un aborto, accidente postsondaje uretral, muerte en un traumático craneocerebral asistido en una «unidad de cuidados intensivos» durante el traslado a otro hospital y las conmociones cerebrales mortales sin trastornos graves iniciales, motivaron discusiones prolijas, redactados difíciles y hasta alguna situación conflictiva ingrata.

La figura alarmante de la yatrogenia o de la culpabilidad del médico saltaba a la vista en los requerimientos.

Una posible indemnización, como sentencia, es la típica «espada de Damocles», que amenaza «in crescendo» a muchos galenos.

De ahí la necesidad perentoria de establecer más claramente las bases de la «responsabilidad profesional».

Y eso no lo olvida nuestra Corporación.

5. ¡Ah de los premios anunciados en las convocatorias!

Optan a los más tradicionales y de solera y a los restantes poquísimos facultativos. Y las escasas memorias entregadas para su valoración carecen de originalidad, parecen iterativas y no inéditas, señalan rutas opugnables o se hunden en una mediocridad que apena.

Un año más sin variar de tónica. Y un año más sin otorgar premios.

La Academia se ve constreñida a exigir «control de calidad». Desde el año 1790 atribuye premios honrosos y barceloneses y foráneos insignes fueron a la zaga de un galardón.

No creemos en el desinterés académico contumaz de nuestra juventud.

Y de importar —las circunstancias mandan— el «metálico» que se ofrenda, se elevará ya muy dignamente en varios premios.

6. Las Juntas Directivas, que se renuevan ahora cuatrienal y totalmente, a excepción del secretario perpetuo, según los Estatutos de 1970, nos han obligado a una elección en diciembre.

La vacante de vicepresidente, después de morir el doctor Luis Trías de Bes había sido cubierta a lo interino.

La mayoría pensó en designar nuevo vicepresidente y reelegir —por gratitud y eficacia de su labor— a todos, substituyendo quizás a uno de ellos por razones de aperturismo.

La votación secreta efectuada dio este resultado:

Presidente, doctor Pedro Domingo Sanjuán (reelegido).

Vicepresidente, doctor Antonio Gallart Esquerdo.

Vicesecretario-contador, doctor Moisés Broggi Vallés (reelegido).

Tesorero, doctor Agustín Gómez Gómez.

Bibliotecario, doctor Joaquín Salarrich Torrents (reelegido).

Para el cuatrienio 1975-1979.

7. El porcentaje y la gama de condecoraciones oficiales (de gobierno y

similares) alcanzados por nuestros miembros, siguen inmodificados. Asimismo los nombramientos de carácter honorífico dondequiera que sea. Y los homenajes de toda índole rendidos.

Me enorgullece hacerlo constar.

Los viajes de expansión cultural de algunos —tal vez los de siempre— y las intervenciones académicas de bastantes, en la nación y fuera de casa, no menguan.

Y el acceder a cátedras y a jefaturas de servicios u ocupar puestos de responsabilidad política, tampoco.

Vuelvo a repetir que me alegra el triunfo —en el mundo cultural y de los galardones— de mis ilustres consocios. Se habla siempre de una asamblea docta, que lo es —frase del presidente— por la «suma corporativa» de sus integrantes. Y los honores y distinciones individuales «solidarizan» más que oponer entre sí.

Hasta —a mi juicio, renovado— cuando se acumulan, señal de reconocimiento inextinguido.

Felicitémonos, pues, mutuamente, a la espera de un 1976 «benigno», calificativo en auge.

8. Las publicaciones mantienen su más habitual ritmo y tono.

La deferencia y liberalidad de nuestro miembro protector —don Félix Gallardo Carrera— nos reconforta sobremanera y nos une a él.

Los trabajos que se discuten en sesiones, las investigaciones en vías de realización o proyectadas y dar a conocer —informativamente— nuestros

derroteros, precisan la edición de «Anales de Medicina y Cirugía» y del «Boletín Informativo de la R. A. de M. de B.», que leen sin pausa los facultativos del Distrito y las Academias de España.

Las finanzas —en régimen de austeridad— nos llevan a equilibrios que cansan, para subsistir dignamente, y que menoscaban la obligatoriedad de cumplir unas misiones y de alimentar iniciativas, peculiares de una tradición y de un subsistir acorde.

El Ministerio de Educación y Ciencia ha librado una ayuda extraordinaria y ha prometido otras, después de justificar en varios informes y demandas un presupuesto mínimo de gastos, para necesidades domésticas, tareas de modesta investigación en el seno de la Academia, revalorización de antiquísimos premios, etc.

El Ayuntamiento de Barcelona nos ha retirado una subvención, que estimábamos inextinguible y discreta. La carencia fue paliada por un donativo del «Segon Congrés d'Història de la Medicina Catalana».

Las restantes aportaciones mantuvieron el ritmo de siempre.

Nuestra gratitud es evidente, aunque ligada al deseo de que favorezcan más una vida cultural, útil al país en su historia y en su futuro.

Los miembros se sacrifican no percibiendo dietas y echando mano de sus bolsillos para no acreditar pagos de ciertas gestiones.

El legado del profesor Luis Sayé nos redime de un crepúsculo oficial, pro-

bablemente «no inducido», si bien tampoco «merecido».

9. Seguiremos esperando días mejores. Mientras, el quehacer de contexto doméstico no aflojará sus resortes y los trabajos científicos proyectados guardarán el oportuno turno de ejecución.

Que personalidades señeras y asambleas doctas, independientemente de nosotros, expongan o se reúnan en los salones ofrecidos, vivifica el ánimo de todos.

Que la promoción de numerosas tesis y tesis doctorales se haga desde la Academia y colaboremos en los estudios universitarios, simboliza obedecer a una misión, la de investigar, la de estimular un afán.

Que las ancestrales Topografías Médicas vuelvan a una era fructífera, llena otro hueco de posibilidades académicas.

Que los investigadores postgraduados, sin resarcimiento económico que señalarles, se encuentren bien a nuestro alrededor, conduce a una acción directriz fecunda y cívica.

Y si nos decidimos a opinar —normativamente— en cuestiones docentes, sanitarias, de responsabilidad profesional, etc., nos aplicaremos a observar lo que nos incumbe y negligimos circunstancialmente.

Lo que haga la Universidad, la asistencia social y sanitaria, la higiene pública y la praxis y el viejo juramento de Hipócrates, por ejemplo, requieren de nosotros una crítica serena, más bien dogmatizante, que no debemos

eludir por comodidad o egolatría, patentizadas a ultranza.

El pensamiento y los consejos de la Academia habrían de traducirse en laudos, ni impertinentes, ni sigilosos, muy naturales y ecuánimes, frente a la Administración, a los hombres de carrera y al pueblo llano, ya que al unísono han de menester de sugerencias, de avisos, de exhortaciones y de argumentos.

El silencio contumaz inquieta y desmoraliza. Pero la admonición seca y humillante enoja.

La ponderación y el auténtico espíritu de justicia es la substancia inmanente de la Academia.

Hemos de rubricarlos todavía más que antaño. Porque un hogao y un futuro, tal vez mejores, lo exigen de nosotros.

La Academia, bastión de proyectos y de menos jóvenes, ha de ser el espejo de una juventud magnífica.

Eterna canción. Eternos lamentos. Eternos propósitos. Eternos descos de corresponder noblemente a una Academia que nos honra.

La incomprensión sostenida del Estado delataría, entonces, una rutina, un menosprecio, que no cuadraría en política, la del año 76.

La tenacidad de buena ley es un arma de lo más beneficioso, para los individuos, las entidades culturales y los gobernantes.

Que se nos excuse, pues, la repetición de conceptos, de demandas, de quejas y de ilusiones.

Con las gracias de rigor por delante.